

James R. Fortson

CUAUHTÉMOC CÁRDENAS
Un perfil humano

grijalbo

Índice

| | |
|---|----|
| <i>Agradecimientos</i> | 13 |
| Prólogo | 15 |
| <i>Primera parte. Conversaciones con Cárdenas</i> | 19 |
| México, D.F., 18 de abril de 1997 | 21 |
| 1. Mejor dar que recibir | 21 |
| 2. “Hijo, te quiero mucho” | 25 |
| 3. Un toro fuerte | 29 |
| 4. El expreso de Oriente | 35 |
| 5. Sismos apolíticos | 39 |
| 6. Repasando la historia | 43 |
| 7. El toro quiere torear | 47 |
| 8. Cuauhtémoc se resiste al amor | 52 |
| 9. El amor atrapa, por fin, a Cuauhtémoc | 56 |
| México, D.F., 30 de abril de 1997 | 59 |
| 10. Los presidentes de México | 59 |
| 11. Cuauhtémoc en la cárcel | 63 |

| | |
|--|-----|
| 12. México, D.F., 2 de octubre de 1968 | 67 |
| 13. Echeverría, demagogo | 70 |
| 14. Senador por tres meses | 74 |
| 15. Una supernovela... política | 76 |
| 16. Gobernador por “dedazo” | 85 |
| 17. Recibos de disimulo | 89 |
| 18. Cuauhtémoc tras la presidencia | 95 |
| México, D.F., 10 de mayo de 1997 | 101 |
| 19. Fraudes, apoyos y expectativas | 102 |
| 20. Celeste, los hijos y la crítica | 108 |
| 21. Los mexicanos y la Guadalupeana | 117 |
| 22. De nuevo con el ser humano | 123 |
| 23. Pasado y futuro | 130 |
| 24. Cuauhtémoc y los jóvenes | 135 |
| 25. El “joven” Cuauhtémoc en pie de lucha | 139 |
| 26. Lo que no cambia, muere | 140 |
| <i>Segunda parte. ... Y algo más</i> | 145 |
| Testimoniales | 147 |
| Lázaro Cárdenas Batel | 148 |
| Amalia Solórzano de Cárdenas | 150 |
| “...Y tiritan, azules, los astros a lo lejos” | 153 |
| Horóscopo natal de Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano. México, D.F., mayo 1 de 1934 a las 18:00 horas en Central Standard Time, por Lolita Torres | 154 |
| Los asesores de Cuauhtémoc | 161 |
| Murphy vota por Cárdenas | 199 |
| <i>Tercera parte. Cárdenas en imágenes</i> | 221 |
| Epílogo | 245 |

Prólogo

En una incierta noche de 1988 vi a Cuauhtémoc Cárdenas por primera vez.

Me gustaría decir que nos vimos “cara a cara”, pero no fue así. Al concluir una presentación literaria en la SOGEM —Sociedad General de Escritores de México— nos encontramos en el elevador. Íbamos solos, ambos mirando hacia arriba, al indicador de pisos... así que podríamos decir que íbamos “hombro con hombro”.

Ninguno le dirigió la palabra al otro —ni tampoco la mirada—... y en verdad no recuerdo quién le cedió el paso a quién cuando llegamos a la planta baja. Debe haber sido él, porque es un hombre *muy educado*.

No fue sino hasta que llegué a mi auto que reaccioné... y procedí a reprenderme a mí mismo: “¿Cómo es posible que, siendo periodista, viajes así con un candidato a la Presidencia de la República y no hagas ni digas absolutamente nada?”... La respuesta vino a mí nueve años después: el choque bioquímico que se dio entre nosotros explica, de manera natural, la anécdota. No había

ningún problema con el periodista que hay en mí, sino que era algo esencial y recíproco ... Algo muy insólito e incontrolable. Era algo *personal*.

Y hubieron de transcurrir nueve años para que en mi vida apareciera, de nuevo, Cuauhtémoc Cárdenas.

Cuando surgió el proyecto comunicacional que derivó en esta obra, consideré la posibilidad de invitar a lo propio a los ocho candidatos a la regencia del Distrito Federal... pero eso habría sido peor que la peor pesadilla. Era un sueño imposible. Lo único más o menos sensato habría sido realizarlo con los tres contendientes principales, a efecto de preservar —en ese escenario— la neutralidad periodística. (Aunque lo único *racional* fue concentrarme sólo en uno. Este libro se elaboró en apenas cinco semanas... Y los bomberos siguen a la puerta de mi casa.)

Con Alfredo del Mazo llevo una relación tan cordial que hasta parece amistosa, desde que él era gobernador del Estado de México. No obstante, ni siquiera se molestó en acusar recibo de mi invitación —ni yo en refrendarla—. No dejo de comprender, desde luego, que la cabeza del priísta debe haber estado —y estar todavía— a sólo un punto del delirio, a partir de los acontecimientos recientes, incluyendo el debate con Cárdenas y los resultados que han estado arrojando las encuestas de opinión pública desde el inicio de las campañas.

A Carlos Castillo Peraza lo conocí una noche en la que estuvo como invitado en uno de mis programas de televisión, y le he seguido la pista mediante sus escritos periodísticos y sus libros.

Castillo sí respondió a mi propuesta, así que nos reunimos en su oficina de campaña y acordamos aterrizar el proyecto. Habida cuenta de la gran premura, nos citamos para comenzar a grabar la noche siguiente.

Rumbo a la oficina de Carlos escuché por la radio dos noticias que me hicieron anticipar una sesión de trabajo... “atípica”. La

primera trataba acerca de la airada acusación que en contra de Carlos Salinas y Carlos Castillo hacía un importante priísta regiomontano, por haber ellos dos “concertacionado” la alcaldía de Monterrey en favor del PAN, habiéndola ganado el PRI. La segunda, que en el seno del CEN del PAN se estaba considerando un cambio de candidato a la regencia de la ciudad capital, a la luz de los desaciertos de ese partido —y del propio Castillo—, reflejados también en las encuestas de opinión.

Esa misma noche comenzamos a grabar normalmente, y luego de cerca de una hora de trabajo, el teléfono sonó... El candidato se disculpó conmigo diciendo que tenía que ausentarse unos minutos, pero que en seguida volvería. Cuando lo hizo, yo percibí a una persona distinta de la que acababa de salir. No me hizo comentario alguno acerca de su breve ausencia y retomamos la grabación.

Castillo era, en efecto, *otra* persona. Aunque hubiera vuelto, él no estaba allí, conmigo. Mediaron un par de preguntas y respuestas y luego... Carlos se colapsó. “Discúlpame, pero ya no puedo continuar... Éste ya no es el momento... Mañana seguimos”, me dijo. “Carlos, no te presiones más; en cuanto vuelva a ser el momento, por favor llámame”, le respondí.

Por supuesto, jamás lo hizo, ni yo lo busqué más.

Así fue como Del Mazo y Castillo me liberaron del fantasma de una neutralidad política que, al final de cuentas, ni siquiera es mayormente respetada en el medio periodístico. Más aún, las grandes cadenas televisoras permiten adivinar “sin mayor esfuerzo y principalmente a través de sus noticiarios” quién es el candidato de su preferencia... o de sus compromisos políticos y económicos, así como a quién se han propuesto perjudicar, atacándolo sistemáticamente y, en el camino, faltando a la verdad. Sin honestidad y equidad en el criterio político, la neutralidad simplemente no existe... Y eso es un virtual abuso del cuarto

poder... Y va en contra del interés público. Es una mera cuestión de respeto y responsabilidad social.

...Y hubieron de transcurrir nueve años...

Mi primera impresión de Cuauhtémoc —ahora sí, cara a cara— fue de mucha simpatía, que fue creciendo con el transcurso de este afán y me obligó a una reflexión de conciencia que, a su vez, me hizo cancelar mis *prejuicios* acerca del candidato.

Con una gran cordialidad y atención, Cuauhtémoc Cárdenas escuchó los detalles de mi proyecto y, como el gran tomador de decisiones que es, sobre la marcha manifestó su conformidad y me ofreció los apoyos necesarios.

La única condición que yo le impuse a Cuauhtémoc fue que sonriera ocasionalmente... aunque no estuviéramos trabajando para la televisión. Esto provocó en él la primera de una larga serie de sonrisas y propició, también, una importante empatía.

El resultado final se halla en estas páginas.